

Cuando amaneció el día en que ví la luz vibrar sobre los tejados y la esperanza ondular en el aire, porque había cambiado el cristal de mis antiparras, ninguno de estos labios se abrió para decirme: «Feliz Año Nuevo». Sólo yo lo sabía. Y cuando otra circunstancia venga y ponga ante mis ojos el cristal ahumado que fabricara el dolor, y al abrir los postigos de mi ventana vea el día de un color ceniciento, aun cuando el sol deshilache su oro con profusión en torno mío, nadie sabrá que es entonces cuando en mi vida se ha iniciado un nuevo año.

Así meditaba en esa mañana de Año Nuevo cuando entró uno de mis amigos.

—Año Nuevo? No para tí ni para mí—dijo quedándose pensativo. Y has pensado—continuó al cabo de un rato—en esas criaturas que apenas si pueden haberse dicho una o dos veces en su existencia: Año nuevo, vida nueva!

—Déjame pensar en voz alta—prosiguió mi amigo.—Déjame exponer un poco al sol mi tristeza. Yo mismo, desde hace unos cuantos años, hago una vida uniforme y siento una especie de enervamiento que me impide bajar al fondo de mi sér y buscar si esta monotonía en que vivo es solo aparente. Transcurren las semanas, los meses, los años, y los días son tan parecidos que se diría van siendo vaciados en el mismo molde: la misma hora de levantarse, el mismo camino, el encuentro con las mismas personas cuyos rostros expresan siempre la misma inconciencia; el mismo trabajo, siempre cifras y números sobre un papel amarillo y siempre la miel de los mismos cariños. Quieres creer que a veces siento rencor hasta con mi novia? Me cansa con su eterno gesto de enamorada rendida. Pobre muchacha! Encontrará a menudo en mí algo nuevo, que no la he aburrido? Ah! las mujeres están hechas para el amor; saben sacar partido de él. Cuando tienen este ovillo entre las manos, aun cuando el hilo es todo igual, tejen con él encajes y arabescos tan variados y fantásticos que ya tienen para toda su vida.

Descansó un momento y después continuó:

—Ya mi amor a fuerza de rodar por el mismo riel en que suele rodar en estas ciudades de provincia, no tiene novedad para mí. He aquí un amor convertido en hábito. Y te aseguro que es doloroso vestir así este

sentimiento; tan doloroso como ver el bello y frágil cuerpo de una doncella, envuelto en la estameña del anacoreta.

Cómo odio el hábito! Acaba por destruir las aristas de nuestro yo y borrar sus perfiles. ¿Sabes qué efecto he acabado por hacerme yo mismo? El de un retrato enmarcado en todo esto que me rodea y colgado de la vida.

Sin embargo estoy joven y aun puedo esperar. Pero esas vidas sin juventud ya, y en las cuales los hábitos han terminado por ahogar las pasiones y el menor signo de vitalidad espiritual, vidas que parecen llevar escrito en la frente para aviso de todo lo externo que pretenda entrar, el «Lasciate ogni speranza voy che entrate» del Dante? Puedes imaginar nada más desconsolador?

—Mira—me dijo alargándome unas cuartillas.—Anoche sentía deseos de cristalizar mis sensaciones y me puse a escribir.

Yo leí:

«Estoy solo en mi cuarto. Todos en casa se han acostado, pero los siento despiertos con el pensamiento en vigilia en medio de la oscuridad y el silencio que reina en sus habitaciones. Qué esperan?» Que el reloj y el cañón les digan que ha comenzado el Año Nuevo.

El viento me trae el sonido metálico de la música que toca la banda en el parque y los gritos de la multitud que se divierte.

Por qué no duermen mis viejas tías? Qué esperanzas palpitan en sus corazones que cuentan tantos años? Bien sé yo que ninguna. Sus ojos de color ya indefinible me lo tienen dicho, sus ojos en los que hay el frío que se siente al mirar por las ventanas de las casas abandonadas.

Mi hermana Juana de Dios que cuenta dieciocho años, también está despierta; pero ha dejado su lámpara encendida y junto a la lámpara, una rosa encarnada canta en un vaso la canción de la belleza y de la juventud.

Que ella no duerma, en espera del Año Nuevo, no me da dolor porque Juana de Dios tiene dieciocho años, las mejillas frescas y unos dulces ojos color de pizarra.

En la ventana de la casa que está frente a la mía, veo luz. Es la ventana de aquellas hermanas costureras, cuyos días se deslizan entre una penumbra que me apena.

Desde mi silla veo sus perfiles pálidos de